

Cicatrices

Jhoan Emmanuel Orjuela Quiroga11

Sólo bastó con desabotonar el vestido que cubría su espalda para darse cuenta que ella era diferente. Habían llegado al mutuo acuerdo de descubrirse, el uno al otro, sin tapujos. Él le contó sobre sus defectos, sus problemas existenciales con Dios, sus dolores a medianoche en el costado, las deudas, las cosas que no gustaba hacer, la grasa que tenía de más, los falsos amigos, las desdichas de su vida, lo amargado y aburrido que a veces, por no decir siempre, resultaba ser; incluso, el muy valiente le contó sobre sus problemas de autoestima, su falta de confianza, su timidez. Él creyó que ya lo había contado todo de sí, y luego, ansioso, prosiguió a escuchar lo que ella tenía por decirle de sí misma. Para su sorpresa, ella sólo atinó a decir:

- Desabrócheme el sostén, Armando.

Y él, sumisamente, delicadamente, tragó saliva y se situó detrás de ella. No lo malinterpretó, Jazmín no era así de osada. Ella era más bien como su nombre. Torció su tronco hacia delante, dejando ver las apófisis de sus vértebras, como si fuese un camino de montañitas y tumultos que llevaban o bien a su cuello o bien a su cintura. Armando se deshizo del vestido, y luego vio lo inevitable. Pero no dijo nada. Jazmín había sido concisa: ella le había pedido que le quitase el sostén.

Las manos de Armando eran torpes, un tanto gruesas y morenas e inexpertamente inocentes. Pasaron casi diez segundos hasta que por fin, no sin haber alcanzado a maltratar el broche, pudo

quitarle de encima todo objeto que pudiese cubrirla.

Jazmín seguía de espalda. Con su mano izquierda cubrió su seno derecho y con su derecha el izquierdo, lentamente, mansamente, cuidadosamente; como si un movimiento en falso significara erotismo y grosería. Y ella sólo quería que Armando se fijase en sus mayores defectos: sus cicatrices.

Y allí estaban: queloides tallados por el broche del sostén. Esa era la realidad del Jazmín... Más allá de esa porcelana que resultaba ser para los ojos de la sociedad, dentro suyo habían esquivado de vidrios que la apuñalaban lentamente, en silencio, como los grandes asesinatos. Su dolor eran las cicatrices que la herían. Su epitafio sería: “murió carcomida por sus propios achaques”. Armando no se percató de que el sostén se había caído, y que su mano se encontraba a escasos centímetros de la espalda de Jazmín, entreabierta como si más que tocar el viento, deseara tocar, de la manera más respetuosa, sus cicatrices.

- ¿Puedo...? - preguntó, disminuyendo su tono de voz aguda.

- Podés.

Así fue como la vida de Armando y de Jazmín por primera vez cobró un matiz importante, por primera vez se unieron en un lazo inacabable, irremediable, interminable; uno que los uniría para siempre, porque es más fácil acostarse con alguien que olvidarse que alguna vez dos seres tuvieron la valentía de mostrarse tal y como son, aceptando las deficiencias del otro y aceptando las deficiencias propias.

Armando rozó con delicadeza los cúmulos rugosos pero delicados que sobresalían de Jazmín, y Jazmín sintió como si Armando fuese un niño que apenas aprendía a leer. Armando le leyó esa noche una por una las letras, conjugó palabras que sólo el silencio gritaba, leyó los encabezados de algunas historias que sólo podían ser leídas por ese lenguaje en braille que le ofrecían las cicatrices.

He aquí un triángulo vicioso: érase la vida que se creía escritora, y le achacó de manera cruel a Jazmín, el libro sobre el cual escribió la vida, una por una, historias con las cuales tuvo que cargar el libro, sin permiso alguno, como el árbol que se convierte en hoja o en lápiz. Jazmín era un libro cerrado, porque la vida era celosa y le había puesto seguro con el broche de un sostén, para que sólo la llave indicada, las manos indicadas, el hombre indicado, tuviese la valentía y el respeto de leerla. He aquí a Jazmín siendo leída por Armando, un hombre que jamás pensó encontrar en una mujer tantas emociones juntas.

Porque, en esencia, eso era Jazmín: la epifanía de todas sus emociones. Los achaques de una vida maltrecha que al no encontrar un borrador decidió sobre-escribir lo escrito. Y le causó a Jazmín heridas, heridas sinónimas de cicatrices que seguramente aún no habían sanado. Eso fue lo que pensó Armando cuando, después de haber leído una cicatriz que atravesaba la columna de su Jazmín en sentido transversal, ésta se sobresaltó. Y soltó un grito pequeño que sólo alcanzó a concurrir en los oídos de aquel hombre torpe pero de buenas intenciones. Jazmín giró su cabeza, y entonces Armando lo entendió: a Jazmín le dolía que sus cicatrices fuesen hurgadas, observadas por alguien más. Tenía miedo de que quizá Armando

dejaría de ser el mismo después de esto, pero más allá de lo que pensara él de ella, sentía miedo de sí misma, porque aceptar sus cicatrices significaba aceptar que ella era una mujer inconforme con la vida...

Jazmín le sostuvo la mirada. Armando también; sus manos aún estaban sobre la cicatriz más grande, y sintió cómo su meñique sobre la piel de aquella dama percibía cómo aquella se erizaba, cómo se helaba, cómo se abría ante él una mujer sensible... Entonces Armando la abrazó.

Jazmín no aguantó más. Rompió en llanto. Rompió de dolor, felicidad, tristeza, alegría, júbilo, placer. Sintió cómo un peso se le quitaba de encima. Armando en medio de lágrimas notó algo raro dentro suyo, y entendió esa noche concurrida y esbelta, pero especial, dos cosas. La primera: que las cicatrices junto con los lunares y las pecas, y las manchas, eran por poco, la mejor prueba de que había un Dios artista. La segunda: que aún existía un defecto que no le había contado a su Jazmín, y era que él también tenía en su corazón una cicatriz y aquella mujer había sido y probablemente sería, la única en lograr besársela y apaciguarle sus demonios. Quién creería que un día sus cicatrices los unirían...